

*banquetes.* A consecuencia de esta disposición, Carlos debía hallarse á pié llano con su nuevo trono al salir por las ventanas. La mano de Dios había escrito en las paredes de esta sala de los festines, la ruina del imperio de los Estuardos (1).

El rey había pedido la asistencia del obispo Juxon, virtuoso defensor de Strafford, y le fue concedida por la mediación de Peters, el predicante fanático, que tanto se asemejaba á los clérigos de París en tiempo de la Liga. Herberto, que no se separaba de su señor, se acostaba en un camastro inmediato á su lecho.

En la noche del 29 al 30 de enero, el rey durmió profundamente hasta las cuatro de la madrugada. Entonces despertó á Herberto y le dijo: «Ha llegado el día de mi segundo matrimonio; necesito, pues, un traje digno de esta solemnidad.» Indicó el vestido que quería llevar, y se puso dos camisas á causa del rigor de la estación. «Si templase de frío, dijo, mis enemigos lo atribuirían á miedo.»

Habiendo advertido Carlos que Herberto había tenido un sueño agitado, le preguntó la causa. «He soñado, dijo aquel, que veía entrar al arzobispo Laud en vuestro aposento, y que habiéndole dado la orden de acercarse á vuestra persona, le habeis hablado con aire triste. El arzobispo exhaló un profundo suspiro, y se retiró inclinando la cabeza.» Carlos asombrado por este sueño, replicó: «Ese arzobispo no existe ya; pero si viviese le hubiera dicho algunas cosas que le habrían hecho suspirar.»

El monarca pasó algunas horas en oración con el obispo, y recibió la comunión de manos de este verdadero amigo de Dios. El republicano Ludlow desfiguró esta escena patética, refiriendo que Juxon, llamado por Carlos, vistió con premura sus vestiduras pontificales, y que no teniendo ningún discurso dispuesto al efecto, leyó á su penitente uno de sus antiguos sermones. Las Memorias de Clery, falsificadas por orden de los interesados, alteran las palabras del rey mártir, y satirizan los rasgos de la virtud y del infortunio.

Herberto volvió á entrar en la cámara del rey, y poco despues el coronel Hacker fue á anunciar que era tiempo de partir para Whitehall.

Carlos, vestido de luto, adornado con el collar de San Jorge, y con un sombrero con una pluma negra en la cabeza (así se había vestido Falkland para morir), salió á pié del palacio de San James el 30 de enero de 1649, á las ocho de la mañana, y atravesó el patio entre dos filas de soldados: sus servidores y carceleros, y el mismo coronel Thomlinson, jefe de su guardia fúnebre, le acompañaban con la cabeza descubierta: el respeto era igual á la grandeza de la víctima.

El rey entró en su palacio de Whitehall, donde se le había preparado un banquete, pero solo tomó un poco de pan y vino; y aun esto por consejo de Juxon. Dos horas trascurrieron antes de ser llamado al suplicio, no habiendo podido formarse sino vagas conjeturas acerca de esta misteriosa dilación.

Los embajadores de Holanda llegaron á Londres el 25 de enero, y no recibieron audiencia de los Comunes hasta la noche del 29, víspera de la catástrofe.

Seymour se hallaba entre ellos, y era portador de dos cartas del príncipe de Gales, una dirigida al rey y la otra á Fairfax, y además llevaba consigo una firma en blanco del príncipe. Seymour estaba autorizado á declarar que los parlamentarios podían escribir en él todas las condiciones que estimasen oportuno imponer para el rescate de la vida del preso; y el nombre del heredero de la corona, escrito al pié de estas condiciones, sería la garantía de su plena y entera aceptación. Este incidente puede suscitar dudas, y si hu-

(1) Algunas Memorias dicen que se había practicado una abertura en la pared.

biese ocurrido con algunos días de antelación, hubiera quizá salvado al rey. Sea de esto lo que quiera, es cierto que se deliberó al pié del cadalso, y que el sacrificio se suspendió dos horas, por razones de que no tenemos noticia. Hallamos una prueba singular de la irresolución de los conjurados hasta el último momento.

Fairfax, que se encontraba en Whitehall durante la ejecución, se había negado á pertenecer al número de los jueces; habíase opuesto á la sentencia, y lady Fairfax con mayor energía que él, había amenazado con sublevar los soldados de su regimiento, y solo fue engañado, como hemos visto, por las chocarrerías de Cromwell. Hallóle Herberto rodeado de algunos oficiales en un corredor de Whitehall, y Fairfax le dijo al verle: «¿Cómo sigue el rey?» pregunta que causó no poca sorpresa á Herberto. ¿Deberemos creer que Fairfax imaginaba que no seguían las negociaciones? ¿O es que ignoraba el verdadero estado de las cosas? La rectitud sin luces naturales produce los mismos resultados que la perversidad, porque sino consuma los hechos, deja consumarlos, y su propia conciencia le tiende unos lazos de que no sabe desahorsarse.

Acaso la demora de que hablamos provino de la dificultad de hallar verdugos, y de vestirlos con traje adecuado á la escena. El proceso formado por los regicidas, demuestra que no se sirvieron del verdugo ordinario; que habiendo sido llamados bajo juramento, todos los soldados de un regimiento se negaron á prestar sus brazos á esta obra; y que Hulet, oficial acusado en el proceso de haber sido el verdugo, sostuvo en su defensa que se le había mantenido preso en Whitehall por haber rehusado el hacha de honor de los regicidas.

El coronel Thomlinson tuvo la humanidad de permitir á Seymour que entregase á Carlos la carta de su hijo. Seymour recibió las últimas instrucciones del monarca para el príncipe de Gales. No bien se hubo retirado, cuando entró el coronel Hacker, que iba á anunciar al monarca que había llegado su postrer momento.

Carlos le siguió sin titubear, y atravesó acompañado de Juxon, una dilatada galería ocupada por soldados; estos se mostraban hartos cambiados, y en su aspecto se echaba de ver la parte que al fin tomaban en tan alto infortunio. El rey salió por la extremidad de la galería, y se halló de repente sobre el cadalso: sonaban á la sazón las diez y media.

El patíbulo estaba cubierto de negro. Dos verdugos enmascarados, misteriosos fantasmas que aumentaban el terror de la catástrofe, se mantenían en pié al lado del tajo sobre el cual se veía brillar el hacha: los dos estaban igualmente vestidos con trajes de carnicero, especie de saco ó blusa estrecha de lana blanca: el uno, de negro cabello y barba, llevaba un sombrero con ala caída; el otro ostentaba una larga barba parda, y en su cabeza una peluca del mismo color, cuyos pelos colgaban en desorden sobre la máscara. Cuatro argollas de hierro fijadas en el patíbulo, estaban destinadas á pasar por ellas unas cuerdas que obligasen al rey á poner su cabeza sobre el tajo en caso que opusiese resistencia: así los antiguos sacrificadores ataban el toro al altar. Varios regimientos de caballería é infantería, con casacas encarnadas, rodeaban el cadalso, y un pueblo numeroso, colocado fuera del alcance de la voz de su soberano, se agrupaba en silencio á espalda de las tropas.

Dominaba Carlos aquel formidable espectáculo desde lo alto del fúnebre monumento, y en sus miradas se advertían cierta intrepidez y serenidad. No pudiendo hacerse oír de la multitud, habló de toda clase de negocios á las personas que le rodeaban; no mostró zozobra ni prisa al aspecto de la muerte, y hubiera podido creersele un hombre ocupado en su aposento

de la acción mas comun, mientras sus domésticos le preparaban su lecho.

Aquella noche se vendió en las calles de Londres una relación popular de los últimos momentos del rey, llena de esos pequeños pormenores de que tanto gustan los ingleses. En estos retratos hechos sobre el modelo vivo, brillan una sencillez y una naturalidad que todas las copias del mundo no alcanzan á reproducir. Hé aquí esta relación, en la que se advertirá la libertad de espíritu de Carlos, y sus discursos mezclados de controversia religiosa y política; el régio orador parecía olvidar que estaba allí para morir, y solo sus paréntesis relativos al hacha, revelaban que se acordaba de todo. Y admirárase también en esta relación el dolor de los concurrentes, y hasta el respeto del verdugo, pues Hulet, velado el rostro con su antifaz de barba parda, no dió el golpe sino por orden del único que tenía derecho de dictársela.

Nos servimos de la traducción francesa de este documento, hecha en 1649, y no menos sencilla que el original.

#### RELACION VERDICA

DE

### LA MUERTE DEL REY DE LA GRAN-BRETAÑA,

CON LA ARENGA DIRIGIDA POR S. M. DESDE EL PATIBULO, INMEDIATAMENTE ANTES DE SU EJECUCION.

«El día 29 de enero, á las diez de la mañana, el rey fue conducido desde San James á pié por el interior del patio, en medio de un regimiento de infantería, tambor batiente y banderas desplegadas, con su guardia ordinaria, armada de partesanas, precediéndole y siguiéndole algunos de sus gentiles-hombres con la cabeza descubierta; el señor Juxon, doctor en teología, y poco antes obispo de Londres, le seguía, y el coronel Thomlinson, encargado de la custodia de S. M., le hablaba con la cabeza también descubierta, desde el parque de San James á través de la galería de Whitehall hasta la cámara de su gabinete, donde acostumbraba dormir y hacer sus oraciones; habiendo llegado á la citada galería, se negó á comer, pues habiendo comulgado una hora antes, había bebido luego un vaso de vino y comido un poco de pan.

«Desde allí fue acompañado por el señor Juxon, el coronel Thomlinson y algunos otros oficiales encargados de seguirle, y por su guardia de corps, rodeado de mosqueteros, desde la sala del banquete inmediata al cadalso, que se alzaba cubierto de negro, con el hacha y el tajo en medio. Muchas compañías de caballería y de infantería estaban colocadas á entrambos lados del cadalso, y á su espalda se agolpaba el pueblo, deseoso de presenciar el espectáculo. Habiendo el rey subido al patíbulo, miró detenidamente el hacha y el tajo, y preguntó al coronel Hacker si lo había mas alto; luego habló en los términos siguientes, dirigiendo particularmente sus palabras al coronel Thomlinson:

«Muy poco tengo que decir; por esto me dirijo á vos, y os diré que callaría muy gustoso á no temer que mi silencio diese á algunos motivos para creer que sufro la falta con tanta indiferencia como el castigo; pero creo que para sincerarme para con Dios y mi país debo justificarme como buen cristiano y buen rey, y finalmente como un hombre de bien.

«Empezaré hablando de mi inocencia, y en verdad no creo me sea necesario hablaros largo rato sobre el particular. Todo el mundo sabe que no he roto la guerra con las dos cámaras del Parlamento; y pongo por testigo á Dios, á quien pronto habré de dar estre-

cha cuenta, que nunca he intentado usurpar sus privilegios; por el contrario, ellos inauguraron la discordia, apoderándose de los arsenales; confiesan que me pertenecen, pero juzgan que ha sido necesario arrebátarmelos; y para reasumir, diré que si alguno quiere confrontar las fechas de las diputaciones de sus diputados con las de los míos, verá con toda claridad que ellos han empezado estas fatales disensiones y no yo; así es que espero que Dios vengará mi inocencia... No! no quiero que esto acontezca! Tengo caridad, y no quiera Dios que yo impute la falta á las dos cámaras del Parlamento; no es necesaria la una ni la otra, y las juzgo exentas de todo crimen, porque creo que los malos ministros de su parte y de la mia, han sido los principales causantes de la sangre derramada. Bien examinado todo, así como yo me conceptúo libre de culpa, espero (y pido á Dios que así sea), que ellas lo estén igualmente. No obstante, no permita Dios que yo sea tan mal cristiano que no confiese que los juicios de Dios son justos contra mí, pues muchas veces castiga justamente por medio de una venganza injusta, como lo vemos con harta frecuencia. Diré únicamente que una sentencia injusta que he permitido ejecutar (1), es castigada en este momento por otra, también injusta, dictada contra mí. Lo que he dicho hasta aquí tiene por objeto demostraros mi inocencia.

«Ahora, para haceros ver que soy buen cristiano, ved aquí á un hombre justificado (*mostrando con el dedo al señor Juxon*), que dará testimonio de que he perdonado á todo el mundo, y en particular á los autores de mi muerte; Dios sabe quienes son, y le ruego les perdone. Pero esto no basta: es preciso que mi caridad vaya mas lejos: deseo que se arrepientan, porque verdaderamente han cometido un enorme pecado en este caso. Pido á Dios con San Esteban que no reciban el castigo; y no solo esto, sino que puedan hallar el verdadero medio de restablecer la paz en el reino; porque la caridad me manda perdonar, no solo á los particulares, sino procurar, hasta mi último suspiro, consolidar la paz en el reino.

«Así, señores, lo deseo con toda mi alma, y espero que hay aquí algunos (2) que lo harán conocer á todo el país, para ayudar á esta pacificación.

«Ahora, señores, debo haceros ver que estais en un mal camino, y colocaros en otro mejor. En primer lugar, para probaros que os desvais de la justicia, os diré que todo lo que habeis hecho ha sido, á mi parecer, por vía de conquista; ciertamente esta es una pésima vía, porque una conquista, señores, nunca es justa sino se apoya en alguna buena y legítima causa, ya sea esta algún agravio recibido, ya algún indisputable derecho; y en tal caso, si os excedeis de esto, la primera contestación que aventurais hace vuestra causa injusta al fin, aunque al principio no lo fuese; mas si solo es por conquista, cometeis un gran robo; recordad que un pirata acusó un día á Alejandro de ser un ladrón en grande, siendo así que él se daba por contento con ser un ladrón en pequeño. De manera, señores, que el camino que ahora emprendeis me parece muy desacertado, y estad seguros de que para poneros en otro mas seguro, nunca hareis bien ni Dios os asistirá sino dais á Dios lo que es de Dios y al rey lo que es del rey (quiero decir á mis sucesores), y al pueblo lo que le pertenece. Yo amo al pueblo tanto como vosotros. Debeis dar á Dios lo que es de Dios, arreglando rectamente su Iglesia (según la Escritura), pues hoy está en gran desorden. No puedo deciros detalladamente en este momento cual sea esa vía; os diré únicamente que sería oportuno reunir un sínodo nacional, donde todos pudiesen discutir con entera

(1) La sentencia de muerte del conde de Strafford.

(2) Volviéndose hácia algunos gentiles-hombres que anotaban lo que decía.

libertad, siendo admitidas las opiniones que parecieran evidentemente buenas.

«Por lo que respecta al rey, en verdad no puedo... Luego, volviéndose á un noble que tocaba el hacha, le dijo: «No deterioreis el hacha. (1) Por lo que respecta al rey las leyes del reino os instruyen claramente; y no obstante, solo os diré una palabra relativamente á mi persona.

«En cuanto al pueblo, deseo tanto como el que mas su libertad y emancipacion; pero debo decirlos que estas deben ser conservadas por las leyes que garantizan la vida y las fortunas; no es esto decir que el pueblo tenga parte en el gobierno, pues esto no le pertenece. Un soberano y un vasallo son muy diferentes entre sí; y no obstante, hasta que hagais esto (quiero decir, que deis al pueblo esta especie de libertad), ciertamente no disfrutarán de ella.

«Señores: por este motivo me hallo aquí. Si hubiera querido dar lugar á un arbitraje para cambiar las leyes, segun el poder de la espada, hubiera podido evitar esto; y no obstante os digo (y pido á Dios desvie su castigo de vuestras cabezas), que soy martirizado por el pueblo.

«En verdad, señores, no os entretendré mucho tiempo: únicamente os diré que hubiera podido pedir algun tiempo para coordinar todo esto y presentarlo mejor; espero, sin embargo, que disimularéis este desalino.

«He descargado mi conciencia, y pido á Dios que adopteis los medios mas á propósito para el bien del reino y para vuestra propia salvacion.»

«Entonces el señor Juxon dijo al rey: «¿Gusta V. M. decir algo para la satisfaccion del pueblo, aunque vuestra adhesión á la religion es harto notoria?»

«—Os doy gracias con todo mi corazon, monseñor, porque casi lo habia olvidado. En verdad, señores, creo que mi conciencia y religion son bien conocidas de todo el mundo: no obstante, declaro en presencia de todos vosotros que muero cristiano profesando la religion de la Iglesia anglicana, tal cual me la ha dejado mi padre, y creo que este recto varon (señalando al señor Juxon), dará testimonio de ello.»

«Luego, volviéndose á los oficiales les dijo: «Escusadme en esto: mi causa es justa y mi Dios es bueno; no diré mas.»

«Luego dijo al coronel Hacker: «Procurad, si sois servido, que no se me atormente mucho.»

«Como en aquel momento se acercase un gentil-hombre al hacha, el rey le dijo sobresaltado: «Cuidado con el hacha! cuidado con el hacha!»

«Dirigiéndose luego al ejecutor, dijo: «Haré una oracion breve, y cuando extienda los brazos...»

«Esto dicho, pidió su gorro de dormir al señor Juxon y habiéndoselo puesto dijo al ejecutor: «¿Os molestan mis cabellos?» El ejecutor le pidió los ocultase bajo el gorro, lo que él hizo ayudado del obispo y del mismo ejecutor. Luego, volviéndose otra vez al señor Juxon, repitió: «Mi causa es justa y mi Dios es bueno.»

«—Solo falta ya un paso, que aunque muy triste es muy corto, y podeis considerar que os llevará en breve muy lejos; él os trasladará de la tierra al cielo, donde hallareis gran alegría y consuelo.»

«—Voy á trocar una corona corruptible por otra imperecedera, en la que no puede haber turbacion mundana.»

«—Cambiareis una corona temporal por otra eterna: ¡hermoso cambio!»

«El rey preguntó al ejecutor: «¿Están bien mis cabellos? Dejó caer su manto y dió su cordon azul, distintivo de la Orden de San Jorge, al señor Juxon diciéndole: «Recibid esta memoria.»

«Despojóse luego de su ropilla, y volviendo á colo-

(5) Quería decirle que no mellase el filo.

car el manto sobre sus hombros, miró al tajo y dijo al ejecutor: «Es preciso que lo sujetéis bien.»

«—Está bien sujeto.»

«—Hubiera podido hacerse uno mas alto.»

«—No puede serlo mas, señor.»

«—Cuando extienda los brazos, entonces...»

«Pronunció en pié y con voz baja tres ó cuatro palabras, dirigiendo al cielo las manos y los ojos; arrojóse bruscamente y puso su cuello sobre el tajo; entonces el verdugo volvió á colocar sus cabellos debajo del gorro; y el rey, creyendo que iba á descargar el golpe, le dijo: «Esperad la señal.»

«—Así lo haré, si V. M. lo desea.»

«Después de una breve pausa, el rey extendió sus brazos. El ejecutor separó de un golpe la cabeza, y tomando esta en su mano la mostró á los espectadores: el cadáver del rey fue depositado en un cofre, forrado al efecto de terciopelo negro, y que ahora se halla en su aposento de Whitehall.»

SIC TRANSIT GLORIA MUNDI.

(Fin de la relacion.)

Clarendon refiere que el cadáver del rey, que se veia en la noche de la ejecucion en su aposento de Whitehall, no pudo ser hallado á la restauracion de Carlos II. No obstante, Herberto habia escrito positivamente que la inhumacion habia tenido lugar en Windsor en la cueva del coro de la capilla de San Jorge, donde descansaban los restos de Enrique VIII y de Juana Seymour. Trabajando los operarios en esta capilla en 1813, abrieron casualmente la cueva. El principe regente, mas tarde Jorge IV, mandó practicar investigaciones cuyo resultado fue descubrir un ataúd de plomo, sobre el cual se veia una plancha de metal con estas palabras CARLOS, REY; esto estaba enteramente conforme con la relacion de Herberto.

Levantóse la tapa, y después de haber quitado un lienzo impregnado en una materia crasa, dejóse ver el rostro de un difunto cuyas desfiguradas y confusas facciones se asemejaban al retrato de Carlos I. Segun el proceso verbal de sir Enrique Halford, la cabeza del cadáver separada del tronco, tenia los ojos medio abiertos, y se pudo empapar un pañuelo blanco en una sangre aun bastante líquida. Este testigo extraordinario, de regreso del sepulcro, después del asesinato de Luis XVI, ha venido á revelar las faltas de los reyes, las demasías de los pueblos, el transcurso del tiempo, el intimo enlace de los acontecimientos, y la complicidad del crimen de 1649 con el de 1793.

Es notable la omision de que adolece la relacion popular de la ejecucion de Carlos, pues no habla de la máscara de los verdugos. El regicida Ludlow guarda tambien silencio sobre el particular. La hoja volante de que se trata no pudo ser vendida en las calles de Londres sino después de haber pasado por la censura de los vencedores. Ahora bien: ó los verdugos disfrazados eran una horrorosa saturnalia, ó la confesion de que se habia perpetrado un asesinato en una cabeza que ningun ser con rostro humano tenia el derecho de tocar.

Para llegar á la fatal ejecucion, Cromwell habia necesitado esos gritos y esas lágrimas que, contrariándose en él, delataban su mútua hipocresía; y mostrándose franco después del golpe, hizose abrir el féretro, y se cercioró, tocando la cabeza de su rey, que estaba realmente separada del cuerpo, y aun observó que un hombre de tan buena complexion hubiera podido vivir mucho tiempo. El terrible Cromwell, oscuro y desconocido como el destino, armado en aquel momento del inexorable poder de este, se complacía en la victoria alcanzada por él sobre un monarca y sobre la naturaleza.

Sus compañeros de asesinato, que no participaban de su seguridad y alegría, apresurábase á abandonar aquella sangrienta escena. El principal verdugo, Hulet, capitán de caballería en el regimiento del coronel Hewson, deseoso de atravesar el Támesis, se arrojó en la barca de un marinero llamado Smith, que fue obligado por unos mosqueteros á tomarlo á su bordo. Habiéndose alejado de la orilla, Smith dijo al siniestro pasajero: «¿Eres el verdugo que ha cortado la cabeza del rey?—No, respondió Hulet; y esto es tan cierto como soy pecador delante de Dios.» Y temblaba de piés á cabeza. Smith replicó sin dejar de remar: «¿Eres el verdugo que ha cortado la cabeza del rey?» Hulet negó de nuevo, y contó que le habian tenido preso en Whitehall, pero que se habian apoderado de sus instrumentos. Smith le dijo: «Echaré á pique mi barca, sino me dices la verdad.» La cabeza del monarca habia sido pagada á Hulet en cien libras esterlinas. «Yo probaré que tu has dado el golpe,» le dijo el abogado general Turner, cuando se instruyó el proceso de los regicidas, «y te arrancaré tu máscara.»

## LA REPUBLICA Y EL PROTECTORADO.

1649—1658.

La ejecucion de Carlos produjo dos resultados en Inglaterra.

Por una parte, los hombres de bien quedaron consternados; hubo dolores profundos y muertes repentinas causadas por ellos; y como la nacion era religiosa, hubo tambien remordimientos. El *Eikon Basilike* hizo echar de menos á Carlos I, bien así como el testamento de Luis XVI hizo admirar á este. El *Eikon Basilike* no era de Carlos; el doctor Gauden es considerado actualmente como su autor. Milton acometió la odiosa tarea de ilustrar este punto de crítica, pero á pesar de toda la sublimidad de su genio, apoyado en la verdad del hecho, no pudo triunfar de una suposicion gratuita, obra de un espíritu vulgar, pero cimentada en la verdad de la desgracia.

¿Qué queda hoy en Inglaterra de todos aquellos dolores? Una ceremonia establecida por Carlos II, que se celebra anualmente el 30 de enero. Hay obligacion de ayunar, pero nadie ayuna; ciérranse los espectáculos, pero el público se divierte en salones y tabernas; ciérrase tambien la Bolsa con no pequeño disgusto de los especuladores, á quienes importa poco hallar la cabeza de un rey en el camino de su fortuna ó de su ruina. Los siglos no adoptan estos legados de luto, porque tienen que llorar hartos males propios, sin encargarse ademas de derramar lágrimas hereditarias.

Por otra parte, en los tres reinados posteriores á la muerte de Carlos I, se esparció suma confusion, pues cada cual tenia un plan de república y de religion. Los millenarios, ó los hombres de la quinta monarquía, pedían la ley agraria y la abolicion de toda forma gubernamental, á fin de esperar el próximo gobierno de Cristo, y no conocían otra Carta que la Escritura. Los Antonianos pretendían que la ley moral estaba destruida, y que todos debían guiarse en lo sucesivo por sus propios principios, y no por las antiguas nociones de justicia y de humanidad; reclamaban la libertad de hacer cuanto les viniese á las mientes: la fornicacion, la embriaguez y la blasfemia, entraban en su opinion en las vias del Señor, puesto que este es quien habla en nosotros. Ni estaban lejos de hacerse turcos, pues se complacían en la lectura del Alcoran, recién traducido. Los cuáqueros y especialmente las cuáqueras, pasaban tambien por una secta mahometana. Los políticos tronaban contra toda especie de culto, y querían que el poder no reconociese ninguna religion particular; otros pretendían refundir las leyes

civiles y borrar completamente lo pasado. Despojados de sus bienes y sus honores, los obispos gemían en las cárceles, mientras los presbiterianos veían el fruto de la revolucion sembrada por ellos, y recogido por los independientes, los agitadores y los niveladores.

Eran estos de muchas especies: unos los *escavadores* y *desarraigadores*, se apoderaban de los matorrales, y de los campos en barbecho; otros, los *guerreros* y los *turbulentos*, sublevaban los soldados ó se hacían ladrones en los caminos reales: todos pedían la disolucion del parlamento Largo y la convocatoria de otros. En esta completa disolucion social, en medio de las horcas y de los cadalsos que se levantaban para castigar el vicio y la virtud, no habia ningun partido decisivo; y merced á una especie de buena fe que la anarquía dejaba en libertad, era muy comun oír á los republicanos hablar de poner á Carlos II á la cabeza de la república, y á los realistas declarar que la república era acaso el mejor gobierno.

Subsistian, no obstante, en Londres dos principios de gobierno y de administracion, el *rump* y el consejo de los oficiales que habia subyugado ya á aquel.

Examinóse primero si la cámara de los Pares formaba parte integrante del poder legislativo; y á despecho de la opinion de Cromwell, que movió por sus intereses queria retener su dignidad de par, decidióse que la cámara hereditaria era inútil y peligrosa, quedando decretada su disolucion. La monarquía no corrió mejor suerte; empero el corregidor de Londres se negó á proclamar el acta de la abolicion del poder real.

Una vez trasformado en república el reino de Inglaterra, se acuñó un nuevo y grande sello, que representaba por el anverso la cámara de los Comunes con esta inscripcion: *Gran sello de la república de Inglaterra*; en el reverso se veían una cruz y un harpa, armas de Inglaterra y de Irlanda, con esta leyenda: *Dios con nosotros*; y en el exergo se leía: *Año primero de la libertad, por la gracia de Dios. 1649.* ¡Acíaga es para la libertad la fecha de un crimen!

Cinco miembros de los Comunes, entre ellos Ludlow, recibieron el encargo de componer un consejo de Cuarenta, al que fue confiado el poder ejecutivo. Este comité de los Cinco presentó treinta y cinco candidatos, á los que se agregó el comité de los Cinco. Este fue ademas encargado de examinar la conducta de los parlamentarios que no habian asistido á Westminster durante el proceso del rey.

Era muy natural inmolar víctimas en honor de los funerales de un principe; el duque de Hamilton, el conde Holland y lord Capell, presos á la sazón, fueren decapitados: el primero, contra el derecho de gentes, los dos últimos contra el de la guerra. Todos los partidos lloraron la muerte de lord Capell, de quien hizo Cromwell un magnífico elogio, asegurando al mismo tiempo que se le debia sacrificar á causa de su misma virtud. Ya en el cadalso, el noble par preguntó al ejecutor: «¿Has cortado la cabeza de mi señor?—Si, replicó el verdugo?—¿Dónde está el instrumento que descargó el golpe?» El verdugo le mostró el hacha.—«¿Estás seguro de que es la misma?» volvió á preguntar lord Capell; y habiendo obtenido una respuesta afirmativa, tomó el hacha, besóla con respeto y la devolvió al ejecutor, diciéndole: «¡Miserable! ¿Cómo osaste manejarla?» El verdugo respondió: «Me vi obligado á cumplir mi oficio, y recibí treinta libras esterlinas por mi trabajo.»

El verdugo mentía y se jactaba de una victoria ajena, pues no habia manchado ni santificado sus manos y su hacha en la sangre de su rey. Aquel hombre, llamado Brandon, era el verdugo ordinario; y nadie le habia llamado (ó tal vez habia renunciado por temor su ministerio), á la gran ejecucion. Cuando cesó el miedo, se anunció la vanidad, y Brandon pensó en salvar sus derechos y su honor: la misma noche de al-